

Amanecer

Mario DeCastro



Capítulo 1

Debe ser rico verte amanecer, dormida, despeinada, sensual, dándome la espalda. Debe ser rico tocar tu piel tibia, pasar la mano por tu espalda y tus nalgas, y sentir tu cuerpo en funcionamiento. Debe ser rico abrazarte en cucharita, susurrarte al oído "Despierta, amor" y hacer una pequeña maroma manual para meter un dedo en tu coño y moverlo de Norte a Sur, desde la entrada hasta las profundidades de tu ser, hasta que, aun somnolienta, me digas "Sigue, amor. Sigue. No pares". A partir de ese momento, dejaría a la mañana la responsabilidad de lo que ocurra en adelante.

Si yo pudiera llegar hasta ti y acostarme a tu lado, o meterme entre tus piernas, sin deseo de penetrarte, solo para sentirme entre ellas y que tú me sientas, te abrazaría y te prometería que juntos no sentirías dolor porque juntos lo ignoraríamos, y que juntos podríamos escuchar música de violines surgiendo de nuestro abrazo. Y si la piel habla, si las ansias dictan sentencia, te amaría, amaría tu cuerpo con pasión, con deseo, con hambre, y te recorrería, recorrería tus depresiones y tus planicies, me adentraría en tus oquedades con convicción, con arte, con prudencia, y haría lo necesario para regalarte un orgasmo sublime, tierno, anhelado. Así te diría cuánto me importas, cuánto deseo recorrer tu mismo camino, cuánto haría para fundir nuestras almas.

Lo demás le corresponderá a la Vida.